



Louis-Ferdinand Céline

Los intelectuales en cuestión

A propósito de
El arte de Céline y su tiempo

por **Antonio García Vila**

Céline, Heidegger, Pound... personalidades extraordinarias en las que coincidió un talento formidable con una actitud abyecta ante el nazismo y el fascismo. No sólo ellos: Brasillach, Drieu La Rochelle, Malaparte, Marinetti, Pemán, Camilo José Cela y muchos otros se dejaron tentar, de forma más o menos prolongada en el tiempo, por la fascinación de la nueva doctrina totalitaria.

Probablemente sea el “caso” Céline el más debatido y más polémico de los *affaires*, en este caso político, de la historia de la literatura. Si en filosofía el ejemplo paradigmático es el de Martin Heidegger, para muchos el más importante pensador del pasado siglo, y su apoyo explícito al nazismo, en el ámbito estrictamente literario es Céline el que ostenta, no sé si paradójicamente, dos curiosos títulos: el de ser uno de los novelistas más destacados, más renovadores, contundentes y fascinantes del siglo XX; y el de ser, al tiempo, uno de los canallas más notables de su época: un racista, un cómplice y jaleador del nazismo –hasta que le convino– y un insoportable rastrero obsesionado por el dinero. No en vano Julia Kristeva hablaba, desde su particular interpretación psicoanalítica, de “abyección” al tratar el caso celiniano. El pasado fue un siglo particularmente propicio para esta especie de teratología cultural. Fue “el siglo de los intelectuales”, y fue, asimismo, el siglo de las ideologías, el de la democracia y la cultura de masas, el del fascismo y el del fracaso de un mal llamado comunismo convertido en ocasiones –en demasiadas– en escalofriantes dictaduras

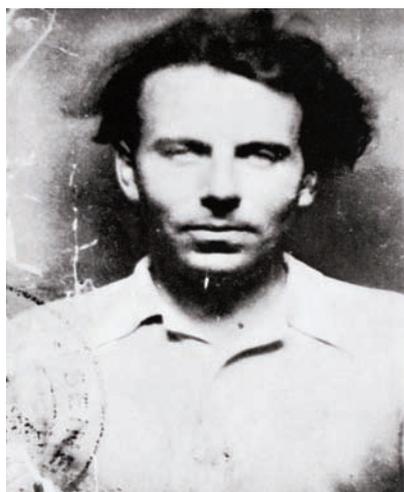
cruces y desquiciadas. Fue el siglo de las dos Guerras Mundiales, el de los conflictos español, coreano, vietnamita o iraquí; el del Holocausto, Hiroshima, Pol Pot y los demás genocidios (kurdo, ruandés, etc.). En una época así no es de extrañar que los artistas, los literatos, aupados a una privilegiada tribuna mediática que les otorgaba una particular credibilidad, concibieran el proyecto, quizá disparatado, de participar en la Historia. Los casos de Céline y de Heidegger pueden revestir desigual trascendencia si nos atenemos al supuesto estatus epistémico que ostentan literatura y filosofía. En tal situación se nos antoja más “grave” el ejemplo del pensador alemán. Como explicaba en 2005 Arturo Leyte en su ineludible estudio del filósofo *Heidegger* (Alianza), la recepción de la obra heideggeriana ha estado mediatizada por dos malentendidos. El primero, académico –interno, lo llama Leyte–, consiste en dividir su trayectoria en dos etapas separadas con bastante nitidez por un supuesto “giro” que haría al pensador desentenderse, de alguna manera, de los problemas abordados en *Ser y tiempo* y emprender así nuevas “tematizaciones”. El segundo malentendido

sería “popular” y se refiere a la implicación de Heidegger con el nazismo. Aunque aquí, ciertamente, poco lugar hay para malentendido alguno. Las investigaciones a este respecto son abundantes y concluyentes en su radicalidad. Desde los estudios de Farías, pasando por la “ontología política” de Bourdieu o el estudio de Montserrat Galcerán sobre el pensar heideggeriano de los años treinta, las conclusiones son irrefutables. Heidegger no sólo fue un nazi –como lo fueron otros muchos en su época, como lo fueron el poeta Gottfried Benn o el jurista Carl Schmitt– sino que, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, y a despecho de las críticas de Jaspers o Arendt –judía como Jonas, otro alumno del “maestro de Alemania”, y su amante–, o de las reiteradas peticiones de Marcuse, jamás se retractó de sus afirmaciones, admitió error alguno o llevó a cabo ninguna “autocrítica”, pues su entrevista con *Der Spiegel*, publicada solo tras su muerte, no puede entenderse como tal. Otra cosa es cómo se interprete esa adhesión, cómo afecte a su lectura o si, sencillamente, la invalida o la descarta. De hecho el propio Arturo Leyte cerraba su estupenda obra con un apéndice sobre la política. En él escribe que “Heidegger alcanza a ver algo decisivo en relación con la modernidad: que la democracia moderna no es meramente una forma de gobierno más entre otras, sino la figura bajo la cual ocurre la metafísica”. Lastima que no viera también –y eso era mucho más fácil, bastaba con abrir los ojos– los hornos crematorios, los pogromos, las piras de libros ardiendo, la crueldad, la barbarie, la violencia. Lastima que no viera –que no quisiera ver– a los deportados, a los judíos marcados, a los que morirían en los guetos. Qué pena que no viera los cadáveres y les mirara a los ojos. Resulta que Heidegger, el gran filósofo, viendo tanto, pensando tanto, no entendió nada. Del tristemente célebre “La autoafirmación de la Universidad alemana” Leyte asegura que es difícil caracterizarlo como filosofía, sin embargo concluye que “la pregunta por el sentido del ser, con la que comienza la obra filosófica de Heidegger, también es una pregunta política”. Así pues el autor parece que reintroduce el equívoco del caso Heidegger que quería desterrar desde el comienzo. Saca la filosofía de la política pero, a su vez, sitúa a ésta en el origen mismo del pensar del alemán. Tenemos otra vez

el viejo contencioso, la misma duda, igual acusación. Pues es preciso renegar siempre de Heidegger. Decir no y no. No dejarle descansar en paz y reprocharle, una y otra vez, su vileza, su gran error. Un filósofo –quizá, repetimos, el mayor del pasado siglo– prodigioso al que su época jugó una mala pasada. Fue, también, un canalla. Otro “abyecto”. Un maldito nazi.

* * *

Existieron, de igual forma, aparentes torres de marfil, pretendidamente ajenas al devenir político del mundo, mas eso no era, para muchos, sino solidaridad con el *statu quo*: defensa encubierta de los propios privilegios. Era, por ejemplo, Thomas Mann, enfrentado a su radical e izquierdista hermano mayor, Heinrich. Thomas Mann no fue solo uno de los muchos ciudadanos alemanes que con el comienzo de las hostilidades de la Primera Guerra Mundial se dejaron arrastrar por la “romántica” ilusión de que un viejo mundo anquilosado y esclerótico se transformaría en una bullente caldera de renovada espiritualidad vitalista, sino que lo pone por escrito: son sus *Pensamientos en la guerra*, aparecidos en agosto de 1914, en los que pueden leerse sus pretensiones de “vivir al estilo de un soldado, pero no como soldado”: “Espantoso mundo, que ahora ya no es, o que nunca más llegará a ser, cuando haya pasado el vendaval”. Incluso el refinado Rilke, que habría de perder la palabra esos aciagos años, antes de la catástrofe exclama: “Estoy salvado, pues la exaltación cunde”, y en unos añorantes versos declara: “Al fin un Dios. Puesto que ya no solemos sentir al pacífico, de golpe es el Dios de la batalla el que nos ha exaltado”. Lo cierto es que el transcurso de la terrible contienda no parece escarmantar al novelista alemán. En el 18 vuelve a las andadas con un voluminoso texto de más de seiscientas páginas en el que, como es habitual en los conservadores más recalcitrantes, hace gala de su desdén por la política: *Consideraciones de un apolítico*, “un panfleto polémico exagerado”, según Peter Gay. Este “panfleto” en realidad era la contestación de Thomas a su hermano Heinrich quien, a su vez, había replicado contundentemente a su reaccionario pariente escribiendo contra su encendida defensa de Federico el Grande y la *Kultur* alemana. Hein-



Céline, 1915

**Heidegger, el gran filósofo,
viendo tanto, pensando tanto,
no entendió nada.**

rich Mann dedicaba su ensayo a Zola, el auténtico referente intelectual, pero los dardos iban inequívocamente dirigidos contra el ideal que el futuro premio Nobel representaba. Thomas en su diatriba no mencionaba a su contrincante, pero lo denominaba *Zivilisationsliterat*, es decir, un escritor culto pero superficial y abducido por los cantos de sirena de la civilización racionalista burguesa, de la democracia y la política, incapaz de adentrarse en los abismos del espíritu humano, y concluye: “Detesto la política y la fe en la política, porque hace al hombre arrogante, doctrinario, obstinado e inhumano”. Pocos años más tarde, ya en la década de los veinte, Thomas Mann defendería a la República de Weimar y aceptaría que la política debe incluirse en el ámbito del alma humana, huiría de los nazis exiliándose en los EE.UU. y representaría para muchos el espíritu culto, civilizado y liberal de la vieja Europa, mas no por ello dejaría de sentirse atraído por los abismos del ser. Por ello escribe *Doktor Faustus*, así como *La filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia*, un Nietzsche “esteta sin salvación” al que, ahora, ya no había que seguir al pie de la letra. En el polo opuesto combatía el intelectual comprometido, que se ensuciaba las manos y bajaba al ruedo donde se lidiaba la confrontación: económica, de clases, de sexos, de ideologías... Las disputas artísticas que tradicionalmente habían enfrentado a los creadores, especialmente virulentas en las primeras décadas de la centuria, vigorosamente estremecidas por las vanguardias, pasaron a ser, también, políticas. Expresionistas, surrealistas, dadaístas se afiliaban a los partidos comunistas de sus países, mientras que los futuristas italianos homenajearon al nuevo *Duce*. Si Marinetti admiraba al histriónico Mussolini, Louis Aragon o Rafael Alberti cantaban al padercito Stalin. Y un visionario, un poeta ultravanguardista venido de Estados Unidos y que había pasado por el febril París de la *Belle Époque*, se ponía, paradójicamente, al servicio del fascismo y, como Céline, del antisemitismo. Ezra Pound no solo dedicó buena parte de su vida a componer su *The Cantos*, también, en los años cuarenta puso su voz y su pluma al servicio de la infame República de Saló. Tras concluir la Guerra y pasar algún tiempo recluido en Pisa, donde compondría unos *Cantos pisanos* premiados por el Congreso norteamericano en 1948, fue juzgado por traición. Se le podía haber ejecutado pero al final se le diagnosticó paranoia –¿contra los judíos, contra la modernidad?– y se le internó durante doce años en el manicomio de St. Elisabeth: otro “caso”. Si Heidegger aceptaba el rectorado de la Universidad de Friburgo y elogiaba a Hitler como un pazuato –era más extremista que las propias autoridades nazis–, al tiempo que Jünger entonaba loas al militarismo, como Ortega, pocos años antes, ingenuamente, preparaba el terreno al fascismo, influido por el popular Spengler, y conserva-



Martin Heidegger en su jardín

dores y católicos se llevaban las manos a la cabeza aterrados por los nuevos tiempos que, liderados por presuntos bolcheviques y judíos, amenazaban con arrasar el glorioso pasado de sus, ahora, decadentes patrias, la izquierda quería arrebatar a la burguesía, a la aristocracia, a los militares, a los clérigos, sus antiguos privilegios: la revolución era posible. Piscator, Brecht, Artaud, transformaban la dramaturgia: era el teatro proletario, el teatro épico, el teatro de la crueldad. Los poetas, convertidos en profetas, soñaban con mundos imposibles que, sin embargo, parecían al alcance de la mano. La supuesta estabilidad burguesa, desmentida por la Guerra, por las crisis económicas, daba paso a un torbellino creativo, lúdico, vitalista, promiscuo que la pintura, la música y la literatura reflejaban en sus recientes creaciones. La batalla fue larga –de hecho todavía durapero la izquierda transformadora, revolucionaria, perdió muchas batallas. De algunas de esas batallas se ha ocupado hace poco un interesante intelectual comprometido. Michel Bounan, (Créteil, París, 1942), médico y escritor como el propio Céline, viejo amigo de Debord, autor de la polémica *Le Temps du*

Sida o de la más reciente *Logique du terrorisme*, publicó en 1997 el libro –un panfleto, diría yo– que ahora traduce al español Diego Luis Sanromán y ofrece con acierto Pipas de Calabaza: *El arte de Céline y su tiempo*. Es un texto breve, algo más de cien páginas, que trata de algunas de las estrategias que el orden imperante adopta para desviar la atención de la lucha revolucionaria y desactivar los mecanismos populares de defensa y resistencia, trabándolos en disputas estériles en el mejor de los casos, y criminales en los peores. Tres son los asuntos que Bounan propone: el timo de *Los protocolos de los sabios de Sión*, el caso Céline, y el negacionismo surgido en las décadas finales del siglo. Los tres tienen un sustrato común: el recurso a un supuesto “complot judío” para legitimar el control social, la violencia institucional y el autoritarismo de los poderosos.

A pesar de que el antisemitismo ha sido a lo largo de la historia una especie de obsesión recurrente, en el siglo XIX, en Europa, asumió una forma algo distinta que a mediados de la centuria siguiente coaguló en el que quizás haya sido el episodio más terrible y aniquilador de la humanidad. La literatura antisemita era abundante y el ambiente propicio para la ordaña. Lo único que faltaba para concretar la acusación de un supuesto complot judío contra el mundo era una prueba fehaciente, sólida, que despejase dudas y abriera definitivamente el camino al ajusticiamiento. Esa prueba, aportada en torno al cambio de siglo, fue el acta de una reunión ultrasecreta de “conspiradores” judíos en la primera conferencia sionista en Basilea, en 1897. Eran *Los protocolos de los sabios de Sión*. “La conspiración –resume Bounan– aspiraba a la conquista del universo mediante el control de las finanzas y de la economía, el dominio de la prensa y de la cultura y la manipulación de los instrumentos políticos, policiales y judiciales. Los autores del complot se proponían destruir los viejos estados, fomentando revoluciones o bien enfrentándolos entre sí, y después establecer su poder universal gracias al sometimiento absoluto y complementario de los instrumentos económicos, políticos e ideológicos”. Había ya, por tanto, un enemigo declarado, un agente sin escrúpulos empeñado en adueñarse del mundo y doblegar a sus habitantes dentro de una estrategia envolvente y precisa, cuya trama, por fin, saltaba a la luz. El crédito que recibieron estos *Protocolos* fue generalizado y sirvió para desviar la atención y la ira hacia un chivo expiatorio que habría de pagar muy cara la denuncia. Unos años más tarde, demasiados, en 1921, se puso de manifiesto que el celebrísimo texto no era más que una falsificación promovida por la Ojrana zarista en 1901. No es sólo que las intrigantes actas carecie-

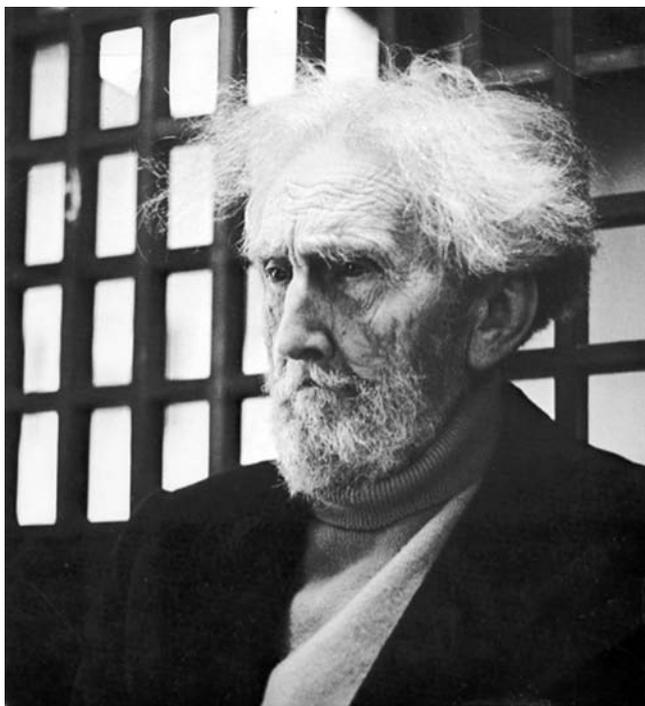
ran de verosimilitud, es que eran el plagio de un panfleto contra Napoleón III escrito por Maurice Joly en 1864: *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. Sin embargo, aun siendo pública y notoria su perversa lógica y su alevoso nacimiento, durante todo el siglo continuaron presentándose como reclamo para organizar una cínica campaña teledirigida para desmovilizar a la gente ante sus verdaderos opresores y lanzarlos contra unos terroríficos fantasmas que, desgraciadamente, eran de carne y hueso y en los crematorios nazis transmutaban en humo.

* * *

A principios de la década de los 30 un médico nacido el 27 de mayo de 1894 en Curbevoie comienza su fulgurante carrera literaria. Es Louis-Ferdinand Destouches, el futuro Céline. Su carta de presentación, publicada por Denoël el 30 de junio de 1932, es apabullante: *Viaje al fin de la noche*, sin duda, el libro del año. Ahí comienza el caso Céline. Su debut novelístico fue acogido con entusiasmo; la crítica lo elogió, el público lo compró, estuvo a punto de ganar el Goncourt, aunque tuvo que conformarse con el Théophraste Renaudot, y su nombre resonó en Francia como la gran promesa literaria del momento. Los comunistas, pendientes siempre de incorporar a los intelectuales revolucionarios a sus filas, vieron en el autor de ese libro crítico, demoledor, anticolonialista, subversivo, a un posible compañero de viaje –de hecho Céline viajaría poco después, en septiembre del 36, a la Unión Soviética. Craso error, aunque comprensible. Mientras el escritor trabajaba en su contundente primera novela, también colaboraba con la Sociedad de Medicina de París, cursando, una tras otra, reveladoras comunicaciones. Su destinatario, lógicamente, eran los doctores, pero en el 41, durante la ocupación, se difundieron de forma más amplia. Michel Bounan en su librito espiga algunos fragmentos sin desperdicio que no han merecido la consideración de muchos de los biógrafos y exegetas del tremebundo nihilista. En el primer escrito remitido Destouches alaba los métodos productivos del que, casualmente, había sido uno de los responsables de la difusión de los ya comentados *Protocolos de los sabios de Sión*, por mucho que más tarde se lamentara de ello: Henry Ford. Los métodos a los que se refiere Céline

consistían en contratar, a ser posible, a “obreros tarados física y mentalmente”, a los que también califica, con notable ternura, de “desheredados de la existencia”. En la misma comunicación, titulada “La organización

**En el polo opuesto
combatía el intelectual comprometido,
que se ensuciaba las manos y bajaba
al ruedo donde se lidiaba la confrontación.**



Ezra Pound

sanitaria en las fábricas de Ford”, publicada el 26 de mayo de 1928, el autor de los terribles panfletos antisemitas de los años 30 apunta que esos “desheredados” están “desprovistos de sentido crítico e incluso de una vanidad elemental” y que por ello forman “una mano de obra estable y que se resigna mejor que cualquier otra”, lamentando que en la retrasada Europa, “bajo pretextos más o menos tradicionales, literarios, siempre fútiles, y en la práctica, desastrosos”, no haya aún nada parecido. No sé si todo esto les recordará algo, pero da pánico. Unos meses más tarde, en el número de noviembre de *La Presse médicale*, ve la luz una nueva recomendación. Se titula: “Los seguros sociales y una política económica de la salud pública”. En ella el doctor Destouches, como buen ciudadano preocupado por la salud de su país, propone crear una “vasta policía médica y sanitaria” encargada de hacer comprender a los obreros que “la mayoría de los enfermos puede trabajar” y que “el asegurado debe trabajar lo más posible con la menor interrupción posible por causa de enfermedad”. Habla de una “labor paciente de corrección y de rectificación intelectual” asequible, pues “el público no pide comprender, sino creer”. Y concluye, con la misma e irrefutable lógica con la que actualmente nuestros políticos –y no se me quitan de la cabeza Esperanza Aguirre y sus secuaces– nos amonestan: “¿El interés popular? Es una sustancia de lo menos fiable, muy impulsiva y vaga. Renunciamos a él con gusto. Lo que nos parece mucho más serio es el interés patro-

nal, y su interés económico, en modo alguno sentimental”. Diez años después, tras haber publicado ya la fascinante y, al igual que todas sus novelas, fantásticamente autobiográfica, *Muerte a crédito*, el novelista inaugura su desquiciado programa antisemita. Son tres panfletos que aparecen en 1937, 1938 y 1941: *Bagatelles pour une massacre*, *L'École des cadavres*, y *Les Beaux Draps*. También aprovechó todo lo que pudo los beneficios que la ocupación alemana deparó a los buenos amigos. Y no le costó muy caro, no al menos tanto como a Drieu la Rochelle o Brasillach, que pagaron su compromiso con la vida, por su propia mano uno, ajusticiado el otro. Céline consiguió huir, tras recorrer Alemania en un viaje recreado, a su manera, claro, en su obra posterior. A Dinamarca, donde consiguió eludir la petición de extradición del gobierno francés que lo acusaba de colaboracionismo, pero no pudo evitar la cárcel, apenas un año, en la celda 609, sección K, y en la enfermería de la prisión de Vestre Faengsel. Allí se lamentó, se quejó y gruñó; clamó por su inocencia y acusó a otros muchos que, aseguraba, habiéndose comprometido más que él, permanecían tranquilos; preparó su defensa con su abogado, Mikkelsen, al que escribía patéticas cartas sumisas, y era consolado por su siempre fiel Lucette Almanson. Lo pasó mal, pues su salud era delicada y su propio veneno le quemaba la sangre, pero incluso en esos momentos tan graves no pudo ocultar su inveterado antisemitismo, su bajeza. Sin embargo se le siguió publicando; textos nuevos y reediciones de su *Voyage*. No importa que el 21 de febrero de 1950 la Corte de Justicia le condene a un año de prisión, a la indignidad nacional, a pagar cincuenta mil francos y a la confiscación de la mitad de sus bienes; un año después es amnistiado por el Tribunal Militar de París. A continuación se instalaría en Meudon, donde moriría el 1 de julio de 1961. Apenas un año más tarde entraba en la Bibliothéque de la Pléiade. En los 50 había proseguido con una obra mayor, ineludible: *Guignol's band*. Redactó, a su manera desquiciada, torrencial, hipnótica y deformada, su historia en piezas como *De un castillo a otro*, *Fantasia para otra ocasión* o *Normance*; fue promocionado por la *Nouvelle Revue Française*, entrevistado por infinidad de periodistas, y se leyeron textos suyos en la televisión. En suma, el “caso” Céline, ese peliagudo asunto del que Camus no quería ni oír hablar. Michel Bounan es implacable con ese médico y escritor impresentable, retorcido, truhanesco, misántropo, aparente libertario, que sirvió a los poderosos a costa de mandar al infierno a los judíos y, con ellos, a todos aquellos “desheredados de la existencia” de los que, cínicamente, pretendía hacer creer se sentía tan cercano. Y Bounan, qué duda cabe, tiene toda la razón del mundo, mas ¿cómo sustraerse al encanto hipnótico de ese escritor desmesurado, fluvial, desgarrador, hijo bastardo de un siglo que en su pluma adquiere una

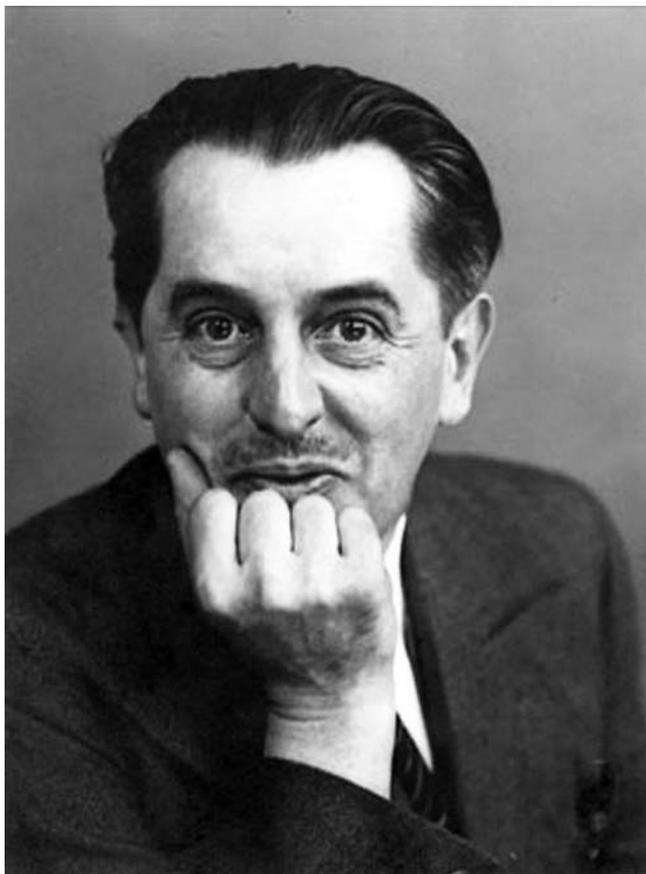
acuidad nihilista y desoladora pocas veces lograda? El gran delito de Céline, concluye su crítico, fue haber contribuido “de forma ejemplar a la restauración del orden en una época turbulenta”. Ya lo hemos dicho, sí, Céline fue un canalla, pero escribía como dios.

* * *

La tercera parte del panfleto Bounan la dedica a un asunto que prolonga en el tiempo esa aciaga leyenda que responsabiliza a los judíos de todos los males de nuestro monstruoso mundo y, al tiempo, desvía la atención de las causas que propician esa degradación. Tras la derrota nazi se produjo una reorganización económica y sociopolítica que se extendería, en ocasiones de forma algo precaria, pero con una estabilidad intrínseca notable, a lo largo del resto del siglo. En los años 50 y 60 –Bounan localiza a los Situacionistas como uno de los referentes iniciales de esa nueva toma de conciencia revolucionaria–, en el bloque occidental, resurge un tipo de pensamiento crítico, renovador, radical, que apunta a subvertir el orden del capitalismo y la sociedad del espectáculo que lo arropa. El estallido social tomaría cuerpo en el mayo francés, pero ya antes se podían apreciar sus detonantes. En el 65, por ejemplo, en el mismo París, se abre una oficina a la que se llamó *Le Vieille Taupe* –nada que ver con la revista que amablemente nos acoge–, en la que algunos librereros activistas difunden textos clásicos y dispersos del movimiento obrero y distribuyen la revista *International situationniste* que, sin embargo, pronto se desmarca. Se autodenominan ultraizquierdistas y en el torbellino noventayochista asumen cierta relevancia, aunque, asegura nuestro autor, sin jamás promover una crítica sólida, productiva, razonada. Tras el reflujo contrarrevolucionario que ponía fin a las expectativas estudiantiles y obreras, en el año 72, El Viejo Topo parisino cierra sus puertas pero no se extinguirá definitivamente. Reaparece un tiempo después metamorfoseado en otro tipo de topo, esta vez el del revisionismo más desvergonzado. Como acusaba *Le Monde*, que seguiría de cerca toda la campaña y recordaría los planteamientos radicales e izquierdistas del original Topo, un profesor universitario lionés –al que Vidal-Naquet recordaba haber conocido en sus tiempos de estudiante– defendía que el genocidio judío no era más que un enorme engaño; de hecho “Hitler jamás había ordenado ni admitido que alguien fuese asesinado en virtud de su raza o de su religión”. Todo eran mentiras, falsificaciones, falsedades y declaraciones arrancadas bajo tortura. Los verdaderos beneficiarios de la farsa de Núremberg eran los propios descendientes de David, ocultos manipuladores y dueños del mundo de las finanzas, la cultura y las leyes. El mito del com-

plot judío revivía así, extravagantemente ligado al ultraizquierdismo revolucionario: una jugada maestra. Pero también es cierto, y eso ya no lo cuenta Bounan, que en aquellos años surgió una plétora de intelectuales comprometidos que debatieron como pocas veces en la historia sobre las condiciones de vida y sobre su tiempo, las calles se llenaron de estudiantes combativos y de obreros que huían de las fábricas no sólo para mejorar sus sueldos, sino para gritar que ya no querían trabajar: para recuperar su vida y desmentir el supuesto sueño en que el Capital los había sumergido. Uno de esos pensadores aparentemente alejado del discurrir político inmediato que en aquellos años de lucha recuperó su mordiente cívica fue Maurice Blanchot.

Si Blanchot en su juventud, como Cioran, Ionesco o Eliade en Rumanía, coqueteó con el fascismo confeccionando artículos ultranacionalistas para revistas de extrema derecha, con el paso de los años llegó a comprometerse con la izquierda en la guerra de Argelia o a participar activamente en las revueltas del 68 francés. Su posible obra política no adquirió desde luego la altura –o la profundidad, tratándose de Blanchot– de su trabajo crítico y de creación, como demuestra *Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión*, mero proyecto que deja abiertos más interrogantes de los que cierra. Este texto, aparecido originalmente en marzo de 1984, en el nº 29 de *Le Débat*, y no destinado, en principio, a su publicación, se remonta –es inevitable– al caso Dreyfus, y valora las posiciones adoptadas por algunos de los protagonistas (en especial recrimina a Valéry su actitud), pero no introduce ninguna reflexión decisiva sobre el problema. También menciona a Heidegger, claro, que ve en Alemania la encarnación del destino de occidente, pero tampoco, desgraciadamente, Blanchot profundiza en el debate. Señala en una nota, eso sí, que cuanto mayor es la importancia que se otorga a la filosofía heideggeriana más perentorio se torna dilucidar hasta qué punto esa filosofía era parte, asimismo, del propio ideario nacionalsocialista. Son digresiones que no alcanzan la suficiente madurez, que quedan inacabadas: tentativas, confusiones y algún hallazgo menor. Permiten adelantar la dirección que Blanchot, de habérselo propuesto, hubiera podido seguir, pero no más. Este “testamento político” de Blanchot (así lo define, tal vez exageradamente, Christophe Bident) incide en algunos elementos que desde Dreyfus, desde *La trahison des clercs* de Julien Benda, son motivo constante de meditación, y deben seguir siéndolo ahora que la ofensiva neoon pretende arrasar todo campo de lucha con su revisionismo histórico, su aniquilación de la democracia –mero populismo lo llaman–, y su seudocultura portátil. En *La comunidad inconfesable* Blanchot escribió de política, como lo haría en algunos textos de *La amistad*, pero la mayoría de sus aportaciones fue-



Maurice Blanchot

ron dispersas y volanderas. En 2010 Acuarela y Antonio Machado Libros publicaron, con prólogo de Marina Garcés, las intervenciones puntuales que, impelido por las circunstancias, Blanchot se arriesgó a hacer y que ilustran ese necesario retorno a la política que a Thomas Mann tanto le costó entender y que tantas acusaciones activan por parte de los inevitables “apolíticos”. La primera de las intervenciones que recoge el libro editado por Acuarela acontece en plena guerra de independencia de Argelia, uno de esos episodios negrísimos que jalonan el siglo XX, y supone una crítica al procedimiento poco democrático, por decir algo, por el que De Gaulle llegó al poder en 1958. Colaboraba entonces el crítico francés con Mascolo y Jean Schuster, que habían creado la revista *Le 14 juillet*, de la que aparecieron 3 números, escribiendo Blanchot en el segundo y el tercero, y firma los primeros artículos desde la Guerra. Después llegaría su adhesión al manifiesto de los 121. En él se exigía que los llamados a filas pudieran no incorporarse a sus destinos, y se solicitaba la impunidad para aquellos que los apoyaran o los ayudaran en su decisión. A continua-

ción de la declaración de los 121 podemos leer entrevistas, una carta abierta a Sartre, inevitable referente cuando se habla de “compromiso”, e indicaciones para la revista que Blanchot tiene en esos momentos en mente. Fue la *Revue Internationale*, que sólo vería un número, al igual que pasaría 10 años después con la revista *Comité*, pensada por Blanchot como una isla en la que se practicaría un “comunismo de la escritura”, con textos fragmentados y anónimos, que iría persiguiendo a la realidad como un espejo roto. Son revistas imposibles que salen del Comité de acción de estudiantes escritores y que hoy, gracias a Internet, pueden construirse como las piezas de un mecano. Y Blanchot sigue publicando o respaldando con su firma octavillas, boletines, carteles; va destilando su compromiso político al servicio de una causa que al comienzo abría de par en par la puerta de la esperanza. Parecía incluso que con la ausencia de De Gaulle del país se le había ya vencido. Pero no fue así, el PCF se mostró tan timorato, conformista y reaccionario como cualquier burgués de clase media, e hizo lo posible por convertir el conflicto, desvirtuándolo por completo, en un asunto de reivindicaciones salariales, descalificando a los intelectuales y a los estudiantes que buscaban la playa bajo los adoquines. Aunque algunas cosas pudieron cambiar los rebeldes fueron derrotados. Otra vez. Sin embargo los caminos entrevistados que Blanchot desbroza con convicción, las sendas que gente como Foucault abría con sus análisis sobre la biopolítica, que con tanta acuidad han proseguido filósofos como Agamben, habían de servir como guías que iluminaran el fracaso de las luchas. Los tiempos que heredamos del 68 no han hecho sino declinar. La revolución neoconservadora dio al traste con toda aquella potente marea, y hogaño las hordas neoliberales y sus voceros han empuñado todas las armas a su alcance para reducirnos a la mera indignencia. Contra ellos escribe Bounan en el librito que inspira estas notas. Su epílogo es algo retórico, como conviene a un buen panfleto, mas estimula a la resistencia en un mundo que, de nuevo, atraviesa una crisis no sólo financiera, sino sistémica, y anima a estar prevenidos contra esas estrategias de “tenaza” descubiertas en los casos de *Los protocolos*, de Céline y del revisionismo contemporáneo, aunque también fuera usada, como señala el autor, con no poca fortuna por el estalinismo. Desde luego queda mucho en el tintero y el título del la denuncia quizá prometa más de lo que en realidad da. Del “tiempo” de Céline se habla someramente y se echa de menos una mayor profundización en muchos de los temas tratados, pero hay que agradecer la virulencia del aguijón de Bounan y las pistas que propone para seguir reflexionando. El de Bounan es un panfleto, y como tal contundente y arriesgado, y los asuntos que propone radicales. Ahora toca volver a pensar en todo ello. Y combatir ■